

leer a san mateo en el ciclo litúrgico A

A. Rodríguez Carmona

El Evangelio de san Mateo ha sido una obra privilegiada a lo largo de los siglos. Junto con san Juan, ha sido el Evangelio más leído y el que más ha influido en la configuración de la Iglesia latina. Prueba de ello es que de ambos evangelistas se tomaban la mayor parte de las lecturas evangélicas dominicales en el antiguo leccionario litúrgico anual, que estuvo vigente hasta la reforma litúrgica del Vaticano II. En los últimos decenios ha bajado la estima por este Evangelio por varias causas, relacionadas fundamentalmente con la revalorización teológica y literaria de los Evangelios de Marcos y Lucas, hecho que ha supuesto lógicamente la equiparación entre los cuatro Evangelios. Incluso ha dado lugar a cierta tendencia antimateana, que se manifiesta en un pequeño grupo de especialistas, que minusvaloran este Evangelio como una obra teológica de segunda clase. Pero esta es una postura minoritaria. La mayor parte de los exégetas actuales siguen considerando este Evangelio como una obra de sumo interés para el cristiano del s.XX. En el ciclo litúrgico A, en que la mayor parte de los Evangelios están tomados de Mt, la Iglesia nos invita a profundizar en él. Este trabajo pretende ayudar al lector en esta tarea.

LA GRAN IGLESIA DE ANTIOQUIA

La Iglesia de Antioquía de Siria fue una de las grandes iglesias cristianas del s.I, especialmente durante la segunda generación cristiana (años 70-100). Fue creada por un grupo de cristianos judíos helenistas u originarios de la diáspora. Se trataba de un grupo aferrado a los grandes valores del judaísmo

y del cristianismo, pero abierto a los valores positivos de los gentiles y, por ello, un grupo misionero. Fueron ellos los que predicaron fuera de Jerusalén por la costa de Fenicia y Siria, primero sólo a los judíos, más adelante también a los gentiles, precisamente en Antioquía (Hch 8,1.4; 11,19-24). Antioquía, pues, nace como la primera comunidad mixta, con cristianos de origen judío y gentil, y tiene desde el primer momento el talante misionero que le infundieron sus creadores helenistas. Aquí comenzaron los discípulos de Jesús, los “nazarenos”, a ser llamados cristianos. Aquí se organizan los grandes viajes misioneros de Pablo que llevan el Evangelio a todo Oriente y Grecia. Debido a su composición mixta, desde el primer momento la comunidad tuvo dificultades, que le obligaron al diálogo, a profundizar en la fe para discernir lo que es realmente fundamental de lo que no lo es y a asumir compromisos prácticos en sus costumbres para asegurar la unidad en lo fundamental. Es lo que sucedió con motivo de la crisis provocada por los judeocristianos, que creían que las leyes rituales del AT eran necesarias para la salvación y querían imponer su observancia a los cristianos de origen gentil. La Iglesia de Antioquía envía una delegación a la Iglesia de Jerusalén y allí se aclara el problema: el hombre se salva sólo por la fe en Cristo, único Salvador, y por ello no es necesario cumplir las leyes rituales de Moisés; si algún judeocristiano, acostumbrado a hacerlo de toda la vida, quiere seguir haciéndolo por devoción, que lo haga, (siempre que esta norma no contradiga algún punto importante del cristianismo, como sería el seguir observando la prohibición de entrar en casas de no judíos, lo que haría imposible la convivencia en una comunidad mixta), pero no debe imponer su devoción a los demás. Por su parte los cristianos de origen gentil han de tener en cuenta la situación psicológica de los judeocristianos, a los que por educación les repugnan algunas prácticas prohibidas en el AT, pero que en sí, a la luz del NT, no son ilícitas, como comer sangre o carne de animal asfixiado (sin sangrar)... (Hch 15,1-35; Gal 2,1-10). Hubo resistencias y posturas ambiguas (Gal 2,11-14), hasta el punto de que Pablo tuvo que llamar la atención a Pedro, pero al final se impuso la solución tomada en Jerusalén: intransigencia en lo fundamental y tolerancia en lo secundario.

Durante la segunda generación cristiana (70-100) cambió parcialmente el perfil de esta Iglesia. La destrucción de Jerusalén por los romanos el año 70 y la dispersión de los judíos, tanto cristianos como no cristianos, determinó que un gran número de judeocristianos, pertenecientes a las comunidades palestinas, viniesen a vivir a Antioquía. Con ello se rompía el equilibrio sociológico en favor de los judeocristianos, cuyos problemas van a tener gran resonancia en esta comunidad eclesial. Entre ellos están el de la auténtica

interpretación de la Ley, problema antiguo, como ya hemos visto, y otro más reciente, el de la incredulidad judía, que se acababa de manifestar de forma especial en aquellos días con la postura hostil de los rabinos reunidos en Jabne (Jamnia). En este contexto se escribirán el Evangelio de Mt y la carta de Santiago.

PROBLEMAS CONCRETOS QUE DETERMINAN LA APARICION DEL EVANGELIO DE MATEO

En este ambiente, aproximadamente en los años 80, un judeocristiano, miembro de esta comunidad y versado en los métodos exegéticos judíos y, por ello, una especie de escriba cristiano, se cree obligado a escribir una nueva catequesis que ayude a la comunidad a superar sus problemas. Conoce otras catequesis que se han escrito antes, como la de Marcos y una Colección de Sentencias de Jesús ("Q"), pero cree necesario una nueva para iluminar a su comunidad. ¿Qué sucede realmente? La problemática de la comunidad es de doble tipo, externo e interno. La externa está especialmente relacionada con el rabinismo naciente. Poco antes de la destrucción de Jerusalén un grupo de fariseos escribas se instalan en Jabne (Jamnia), con permiso de Roma, y crean una escuela teológica con la finalidad de organizar el judaísmo futuro, que estaba a punto de quedarse sin templo y sin la dirección oficial del sanedrín y con ello en peligro de desaparecer ante la fuerte represión romana. Se presentan como los verdaderos maestros, rabinos (de aquí el nombre "rabinismo", que se dió a este movimiento) y pretenden que su forma de ver el judaísmo sea la única y auténtica. En este contexto se enfrentan con los "nazarenos", seguidores de las enseñanzas de Jesús, y los consideran como herejes. El problema entre rabinos y cristianos radica, pues, en la forma de interpretar el núcleo del judaísmo: unos y otros aceptan los grandes pilares del judaísmo (un Dios – que da la Ley – y promete el Reino – y el Mesías), pero lo interpretan de forma diferente, y ahora los rabinos se esfuerzan por imponer su interpretación por doquier, desacreditando a sus oponentes, entre ellos los cristianos, el grupo más importante. Esto crea problemas en la comunidad de Antioquía. En primer lugar porque puede crear problemas de identidad a algunos: ¿quien tiene razón, los rabinos o los cristianos?, o dicho de otra forma, ¿quienes son los verdaderos herederos de las promesas de Dios, quien es el "Verdadero Israel", los rabinos y sus seguidores, o los cristianos? Ellos son la mayoría de los judíos y entre ellos están los grandes maestros ¿realmente están equivocados? ¿por qué su incredulidad? Son interrogantes que necesitan ser aclarados. Y en segundo lugar, porque estos problemas estorban la misión. La clave para responder

a este problema radica en la conciencia que se tenga de Jesús de Nazaret. Si se puede hacer ver que él es el Mesías, su interpretación será la auténtica y sus seguidores serán el Verdadero Israel.

La problemática interna es propia de una comunidad cristiana que ya vive en su segunda generación. Han pasado ya muchos años desde el comienzo de la comunidad, incluso una parte de los miembros han nacido en el seno de una familia cristiana; por otra parte se ha multiplicado la comunidad con la llegada de judeocristianos procedentes de Palestina y con la entrada masiva de gentiles sin la suficiente preparación catequética. Todo esto hace que la comunidad pierda el fervor primitivo y que aparezcan inclinaciones negativas relacionadas con su pasado anterior al cristianismo, el legalismo y formalismo entre los judeocristianos y actuaciones de tipo mágico entre los cristianos provenientes de la gentilidad. Esta baja de fervor se traduce naturalmente en baja de estima mutua y comprensión, por lo que surgen divisiones. Finalmente todo esto lleva a un ambiente pesimista ¿está el Señor en medio de nosotros? La comunidad, pues, vive una baja de los valores que determinan la vida cristiana y, como consecuencia, aparecen todas esas deformaciones.

LA OBRA DE MATEO

La obra de Mt quiere responder a estos problemas. Tanto la disposición general de la obra como las grandes ideas teológicas que contiene tienden a iluminar a la comunidad y ayudarle a superar esta situación.

La estructura

La estructura o disposición general se explica fundamentalmente a la luz de los problemas creados por el rabinismo y tiene como finalidad mostrar cómo Jesús es el Mesías y la Iglesia es el Verdadero Israel. Consta de un prólogo, dos partes y una conclusión:

INFANCIA (1-2) o prólogo teológico. Al comienzo de su catequesis coloca Mt una serie de tradiciones sobre la infancia de Jesús y las presenta como un anuncio de lo que sucederá en el futuro: aparece Jesús, el Mesías, Hijo de David y Rey de Israel, y los gentiles lo buscan, encuentran y adoran, mientras los suyos le persiguen. Por eso es "nazareno".

PARTE I: JESUS ES EL MESIAS, PERO UN MESIAS RECHAZADO (3-11). Aquí Mt comienza a ofrecernos las tradiciones sobre el ministerio de Jesús y lo hace de forma que comprendamos que es el Mesías prometido. Supone que el lector conoce la idea que tenían

los judíos sobre el Mesías: sería el *maestro* que daría la verdadera interpretación de la Ley, cf. Jn 4,25 (no se trata de anular la Ley dada por Dios, sino de interpretarla adecuadamente); sería igualmente el *instrumento de la salvación* que Dios ha prometido; y ambas cosas, para todos los judíos y abiertas a todos los gentiles que se conviertan. A la luz de esta idea, Mt, después de una introducción y presentación genérica de Jesús, inspirada en la que hace Mc, presenta a Jesús como maestro, taumaturgo y como organizador de la misión:

a) *Introducción*: tríptico introductorio (3,1-4,11): Juan Bautista y el Padre nos presentan a Jesús como el Mesías; en la tentación Jesús ratifica su decisión de realizar su misión por el camino del Siervo de Yahweh.

b) *Presentación de Jesús: es el Mesías prometido*.

1) Genérica (4,12-22): es el heraldo del Padre, que ya ofrece el Reino e invita a la conversión; es el que llama a los discípulos, germen de la futura Iglesia, que está al servicio del Reino.

2) Específica:

- resumen de lo que va a desarrollar: Jesús enseña y cura (4,23-25);

- *enseña*: es el Maestro que interpreta auténticamente la Ley de Dios (Sermón de la Montaña: 5-7);

- *cura*: es el taumaturgo que realiza los signos de salvación anunciados por los profetas, pero en la línea del Siervo de Yahweh, es decir, en la debilidad (8,1-9,34);

- un nuevo resumen constata que es el que enseña y cura (9,35);

- es el *organizador de la misión* por la que su obra llegará a todos los hombres en todos los tiempos y lugares (9,36-11,1).

3) Una vez que ha presentado a Jesús como el Mesías, matiza que es un Mesías *rechazado* (11-13):

- en primer lugar presenta Mt un abanico de respuestas a las enseñanzas y obras de Jesús: la mayor parte lo rechazó, sólo los pequeños lo aceptan (11,2-12,50);

- y después, en el capítulo dedicado a las parábolas (13,1-52), ofrece una reflexión sobre el motivo de este rechazo y sobre la postura que el discípulo ha de mantener en esta situación: paciencia y optimismo, porque Dios es el protagonista del Reino y éste es un valor que vale la pena;

- el rechazo de Jesús en Nazaret es tipo del rechazo de todo el pueblo judío, que se escandalizó por su mesianismo en la debilidad, en la línea del Siervo. Este relato pone punto final a la presentación de Jesús y a la primera parte (13,53-58).

PARTE II: JESUS POR SU MUERTE Y RESURRECCION CREA LA IGLESIA, EL "VERDADERO ISRAEL" (14,1-28,15). En tres secciones Mt nos hace ver cómo Jesús, en un contexto de rechazo,

anuncia su futura Iglesia, la adoctrina y la crea:

a) *Jesús se retira y anuncia su Iglesia* (14,1-16,20). Mt ofrece una serie de enseñanzas, entre las que destacan varios anuncios de la futura Iglesia, a partir de discusiones de Jesús con los que lo rechazan. Son tres secuencias en las que Jesús primero discute con sus adversarios y después los abandona, se retira con sus discípulos y se dedica a enseñarles. La futura Iglesia aparece así como fruto de la muerte de Jesús. Igualmente es un anuncio de la futura expansión de la Iglesia, que se extenderá por el mundo en contexto de persecución por parte de los judíos.

b) *Jesús sube a Jerusalén e instruye a su Iglesia* (16,21-20,34). Esta sección presenta los tres anuncios de la muerte y resurrección de Jesús, seguidos de enseñanzas sobre la edificación de la Iglesia. Para Mt la vivencia de estas enseñanzas (opción total por Jesús, compartir, servicio, hacerse niño ...) tienen carácter de muerte y resurrección. Entre estas enseñanzas destaca el "discurso eclesástico" o comunitario (18), en el que Jesús habla sobre el nacimiento de la comunidad eclesial y sobre su postura ante el pecado.

c) *Jesús llega a Jerusalén y crea su Iglesia* (21,1-28,15):

- Comienzos (21-25): Jesús entra como Mesías en Jerusalén y visita su templo, al que descalifica, porque ha sido profanado: es un símbolo de la situación del Israel incrédulo, que le rechaza. Las discusiones y enseñanzas que siguen muestran el grado de ruptura a que se había llegado. Termina la actividad pública de Jesús con un largo discurso en que se condena el comportamiento de escribas y fariseos, se ofrece una panorámica sobre el futuro de la Iglesia y se invita a la vigilancia.

- Pasión, muerte y resurrección (26,1-28,15): en la pasión y muerte nace la Iglesia, como muestran los signos cósmicos y escatológicos que tienen lugar en el momento de expirar Jesús. Los ángeles proclaman la resurrección e invitan a los discípulos a congregarse en Galilea.

CONCLUSION (28,16-20): El Resucitado se aparece a los once discípulos y les envía a hacer discípulos en todo el mundo.

La teología

La teología que subyace a todos estos relatos está determinada igualmente por la problemática de la comunidad. El mandato misionero, en la conclusión de la obra (28,18-20), la resume muy bien: Dios Padre, protagonista del Reino, ha dado a Jesús resucitado todo poder en el cielo y en la tierra, es decir, le ha hecho Señor en el Reino. Por esto el Resucitado envía a sus discípulos para que inviten a su discipulado a todas las gentes, un discipulado que no se queda en conocimientos, sino que, por el bautismo,

ha de incorporar en la vida trinitaria. Los apóstoles han de enseñar a vivir a los discípulos de acuerdo con las enseñanzas de Jesús, el único Maestro. Y para que esto sea posible el Resucitado estará siempre dinámicamente presente en la comunidad eclesial. Todo, pues, gira en torno a Dios, Jesús, el Reino y la Iglesia, los cuatro grandes valores que han de redescubrir los cristianos a los que se dirige Mt para superar la tibieza en que viven.

Mt ha hecho un buen diagnóstico, muy útil en nuestros tiempos, en que también hablamos de reevangelización: la crisis interna que sufre la comunidad se debe a una pérdida de valores; hay que ayudarle a recuperarlos para que supere esta situación. La clave de su pedagogía la ofrece en las parábolas del tesoro y la perla (13,44-46): hay que descubrir el tesoro y, una vez descubierto, es tanta la alegría que se vende todo lo que sea necesario, se hace todo lo que sea necesario a impulsos de la alegría. Para ello hay que descubrir el tesoro que significan Dios, el Reino, Jesús y la Iglesia, y las consecuencias morales vendrán solas. Con esta finalidad a través de toda la obra Mt subraya estos valores y sus consecuencias:

a) *Dios es Padre y Señor*. Este es el primer valor que subraya, porque es fundamental en la vida cristiana. El cristiano no es simplemente un creyente en Dios, lo específico suyo es creer que Dios es Padre. Esta fue la revelación fundamental de Jesús, el Hijo y, por ello, él era el único que nos la podía revelar (11,25-30); él nos ha dicho que Dios es un ser que nos ama y nos da la vida total, nos protege y acompaña, siempre íntimamente unido a cada uno de los discípulos de Jesús (No se trata de un ser hijos, porque somos criaturas suyas; así lo es toda la humanidad, a la que Dios ama y cuida; el fundamento de esta nueva filiación es Jesús, y en esa filiación participamos desde el momento en que le aceptamos como Señor y Salvador). Pero, junto a este aspecto, hay otro que Mt presenta para equilibrarlo: Dios es también nuestro Señor, es el Padre "que está en los cielos", el transcendente, el dueño de la existencia del hombre, a quien exige una entrega existencial en el compromiso concreto que encomienda a cada uno (25,24-28). Por ello, si desde una parte el discípulo de Jesús es hijo, confiada e íntimamente unido al Padre, por otra parte es un esclavo, cuya existencia pertenece a Dios, al que debe servir con todo su ser. Esta forma de presentar las ideas en tensión es típica de Mt y le sirve para combatir el formalismo y las vanas confianzas.

Este gran valor ha de traducirse en la existencia concreta. Para Mt la fe en Dios Padre se ha de notar en la oración perseverante (6,8; 7,11), en que

se obra de cara a él, buscando solo agradarle y hacer su voluntad (5,6; 6,1; 7,21), en que se confía en su providencia, haciendo del Reino el primer valor (6,26) y, por ello, se renuncia a los bienes y a la propia vida, si es necesario (Mt 10, 20.19) y se comparte (6,4). Se ha de manifestar igualmente en el amor a los enemigos y en el perdón al ofensor (5,44-48; 6,14; 18,35), en que se busca a los que él ama, como los pequeños (18,10), a la oveja perdida (18,14), a los enviados de Jesús (10,40). De esta forma el discípulo de Jesús será "perfecto", es decir, actuará de acuerdo con el nuevo ser filial recibido, al igual que Dios es Padre y actúa como tal. Oración filial, recta intención, uso de los bienes y perdón son los grandes capítulos que manifiestan nuestra fe en el Padre. El no fiarse del Padre en el uso de los bienes como él quiere sólo merece el apelativo de "hombre de poca fe" (6,30).

b) *El Reino de los Cielos* revela el amor que nos tiene el Padre, y es otro gran valor que ha de determinar la vida del discípulo de Jesús. El Reino ya ha comenzado por la acción de Jesús. Al resucitar, ha recibido todo poder y nos ha hecho posible, por el bautismo, el formar parte de la vida trinitaria, que es el manantial de donde mana el Reino (28,18s). Pero la plenitud del Reino no se manifestará hasta el futuro. Entonces se participará la gloria de Dios (13,43; 25,31), se poseerá la vida en plenitud (18,9; 19,17), la vida eterna (19,16.29; 25,46), que es seguridad existencial, felicidad saciada, comunión con Dios y con los hermanos (5,4.6.8) en el banquete que no tiene fin . . . Este futuro exige tomarse en serio el presente del Reino, en que actúa en la debilidad y pobreza: de nuevo Mt nos presente un valor en tensión. Jesús anuncia el futuro en función de determinados comportamientos del discípulo en el presente. Así el anuncio del futuro es una invitación a vigilar en el presente, superando el formalismo y la rutina (24,36-25,46) y haciendo fructificar los talentos que ya hemos recibido. En concreto Mt recuerda dos exigencias básicas: la necesidad de convertirse y de crear la fraternidad. Hay que convertirse (4,7), orientando radicalmente la vida al Padre y al hermano (4,7), sin quedarse en una religiosidad de palabras (7,21); por ello los publicanos y prostitutas, que se convirtieron de hecho, precederán en el Reino a los que se limitan a hablar (21,23). Una faceta de la conversión es el hacerse pequeño (18,1-3), reconociendo la propia limitación ante Dios y los hermanos, pues el Reino es de los pequeños (19,14). Sólo así será posible la segunda exigencia, la creación de fraternidad (5,8), que implica amar, incluso a los enemigos (5,38-48, 7,12; 22,34-40; 25,31-46), perdonar y corregir (7,1-5; 18,15-35) y acoger a los pequeños (18,5; 25,31-46). Sólo llegará a la plenitud de la fraternidad en la vida trinitaria el que haya vivido aquí fraternalmente. Las bienaventuranzas

(5,1-11) resumen admirablemente el dinamismo del Reino presente. La clave para comprenderlas es la certeza de que Dios, el protagonista, ya ha sembrado en nuestros corazones la semilla del Reino, la vida filial y fraternal, y que se ha descubierto en esta semilla un gran valor, que llena de gozo y empuja a la acción; esta acción se ha de traducir en una cooperación libre y por amor, por la que crece y se desarrolla la semilla sembrada. La primera parte de cada bienaventuranza nos concreta esta cooperación: primero mantener el corazón pobre, manso, confiado en Dios, incluso en los momentos oscuros; después obrar con un corazón auténtico, filial y fraternal, que busca ardientemente la voluntad de Dios; el objeto del obrar es la paz, un mundo como Dios quiere, que sea anuncio del Reino futuro, y para ello hay que hacerlo con misericordia, sintonizando con la situación del hermano; la consecuencia de este modo de obrar será la persecución, para la que habrá que estar preparado. El que coopere así llegará a la plenitud del don recibido, que es el Reino futuro, presentado como la seguridad existencial, el consuelo, el ver a Dios, la saciedad, la misericordia, el vivir la familia de Dios.

c) *Jesús* es otra faceta del tesoro que ha recibido el cristiano. La cristología de Mt es muy rica y presenta a Jesús como el Señor, el Maestro, el Mesías, el Siervo de Yahweh, el Emmanuel. Jesús es el *Señor*, que ha recibido todo poder, se ha convertido en encarnación del Reino y en mediador necesario del mismo para todos los hombres. Mt subraya esta faceta y proyecta sobre el relato del Jesús histórico la veneración que tiene su comunidad a Jesús, a quien adora como el Señor, el Hijo de Dios. Para ello evita mencionar sentimientos humanos y suprime todo lo que pudiera parecer limitación o desagradable para Jesús y, por otra parte, subraya la grandeza de los milagros. El resultado es una imagen hierática, muy diferente del Jesús humano y cercano que describe el Evangelio de Mc. La aceptación de este valor ha de manifestarse en un tomarse en serio a este Señor, abandonando posturas relajadas y comprometiéndose seriamente con sus enseñanzas y su camino (7,21s; 10,24s).

Jesús es también el *Maestro*, el único Maestro (23,8.10), que ofrece con autoridad la auténtica interpretación de la voluntad del Padre contenida en la Ley (7,29), como aparece en el Sermón de la Montaña. A la luz de la mentalidad judeocristiana, entre la Ley y la enseñanza de Jesús no puede haber oposición, ya que aquélla es expresión de la voluntad del Padre (15,4), y Jesús ha venido a darle cumplimiento en su existencia. La oposición se sitúa en el campo de la interpretación, la que hace Jesús y la que hacen los

fariseos, anuncio de la que hacen en tiempos de Mt los rabinos de Jabne, con su pretensión de ser los verdaderos y únicos maestros. Para iluminar la situación presente, Mt subraya esta oposición, presentando a Jesús como el Maestro que llega hasta el sentido más auténtico de la voluntad del Padre, aunque para ello tenga que anular algunas interpretaciones, incluso dadas por Moisés “a causa de la dureza de vuestro corazón” (19,8), y, naturalmente, se opone a las dadas por los fariseos, cuando éstas se apartan de la voluntad del Padre (12,1-14; 15,1-20).

La aceptación de este valor se ha de manifestar en tomarse en serio las enseñanzas de Jesús. Son ellas las que se han de enseñar en la Iglesia (28,19) y han de marcar la conducta del discípulo, de forma que se identifique con la vida y destino del Maestro (10,24s).

Otra faceta de la rica personalidad de Jesús es ser el *Mesías* que había de venir, cumplimiento y culmen de la Historia de la Salvación. Por ello su nombre, *Jesús*, impuesto por el ángel (1,21), tiene sentido propio y designa la tarea salvadora que va a realizar. La genealogía inicial le presenta como el hijo de Abraham e hijo de David-Rey (1,1-17); las diferentes citas del Antiguo Testamento que se cumplen en él van marcando a lo largo de la obra su existencia como cumplimiento; la primera parte de la obra (3-13) describe su actuación como la propia del Mesías (maestro y taumaturgo: 5-10), pero matizando que fue un *Mesías rechazado* (11-13), que realizó su misión en la línea del *Siervo de Yahweh*. Como tal Siervo lo presentó el Padre en la teofanía del bautismo y en la de la transfiguración (3,17; 17,5); fue el camino que eligió y ratificó en las tentaciones (4,1-11) y al que se ajustó en la realización de su ministerio mesiánico, que, por eso, fue un servicio en la pobreza y la debilidad, incluso cuando realizaba milagros (8,16; 12,15-21). Este tipo de mesianismo podía inducir al escándalo: de hecho Juan Bautista dudó (11,5) y el pueblo judío en general lo rechazó. Esta es la razón por la que el rabinismo, cuando escribe Mt, se mantiene en su rechazo de Jesús y de sus discípulos, los “nazarenos”. Pero la comunidad cristiana ha de mantenerse vigilante para recibir la salvación de este Mesías, que sigue actuando en la debilidad, en calidad de Emmanuel.

Emmanuel es la última faceta de Jesús de subraya Mt. Desde su anunciación fue presentado como el cumplimiento de la profecía del “Dios-con-nosotros” y, a lo largo de todo el Evangelio, Mt destaca las diversas formas cómo el Emmanuel realiza su misión: estará siempre dinámicamente presente en la Iglesia (28,20), en toda agrupación de discípulos que se reúnen en

su nombre (18, 19s), en los apóstoles (10,40), en los pequeños y necesitados (18,5; 25,31-46), en la eucaristía (26,26-28). La comunidad ha de mantener viva su fe, sin ser "hombres de poca fe" (8,26; 14,31; 16,8), para saber salir al encuentro del Emmanuel resucitado que en estas diversas formas débiles está en medio de ella.

d) Como consecuencia de todo lo anterior, la *Iglesia* es también una vertiente del tesoro que se nos ha dado. Su naturaleza y finalidad están determinadas por el Reino y por Jesús, el heraldo del mismo. Ha nacido como consecuencia del Reino ya presente, del que debe ser signo, y tiene como tarea servir al Reino futuro. Es *Iglesia* (16,17; 18,17), pueblo peregrino convocado por Jesús en marcha hacia el Reino consumado. Su ser responde a las diversas facetas de la personalidad de Jesús: si Jesús es el Maestro, la Iglesia es su discipulado; si Jesús es el Mesías, la Iglesia es el Verdadero Israel; si Jesús es el Señor, el Hijo, la Iglesia es una fraternidad. Mt desarrolla estas facetas, invitando a apreciarlas y vivir de acuerdo con ellas.

La Iglesia es un *discipulado*, el auténtico discipulado, la familia de Jesús, compuesta por todos aquellos que hacen la voluntad de Dios, como la interpreta el Maestro (12,48-50; 16,24ss). Mt distingue dos grupos, todos los seguidores y el grupo de los Doce, subrayando el papel de estos últimos, elegidos por Jesús para compartir de forma especial su vida, poder, misión y destino (10,1.5.6.7.24s.40); a lo largo de la obra los idealiza, disimulando sus imperfecciones, como podrá descubrir el lector, si compara los relatos de Mt con los paralelos de Mc (p.e. Mt 14,32s y Mc 6,51; Mt 25,28 y Mc 10,35 etc). Pero por otra parte subraya su carácter de servidores de sus hermanos (18,1-14; 20,25-8; 23,8-11). La razón de esta presentación es que Mt cuenta el pasado, pensando en los apóstoles de su comunidad, cuya misión quiere destacar, pero acentuando que son servidores de sus hermanos: véase cómo en el capítulo 10 se pasa de una misión explicable en el contexto histórico de Jesús (10,1-15) a otra que supone el tiempo en que escribe Mt (10,16ss). Entre los Doce, Pedro es el prototipo del discípulo, del responsable y del portavoz de la comunidad.

Si la Iglesia es un discipulado, su tarea principal es aprender la vida y enseñanza de Jesús, el Maestro. Todos los discípulos han de procurar ser sabios escribas, expertos en la enseñanza de Jesús y capaces de trasmitirla a los demás (13,51s). Pero han de procurar no limitar su discipulado al terreno de las palabras, porque esto sería convertirse en falsos profetas, que

no viven lo que dicen (7,15-23; 23,1-4); su tarea será aprender y llevar a la vida, porque lo decisivo no es saber sino hacer (21,28-32; 25,31-46).

La Iglesia es también el *Verdadero Israel*, porque Jesús es el Mesías. Mt no habla de "nuevo" Israel, como si hubiera habido una ruptura total con el anterior pueblo judío. Existe un único pueblo de Dios y una única Ley de Dios; existe un solo Israel que se extiende en el tiempo de la promesa y en el tiempo del cumplimiento y cuya característica fundamental es "producir los frutos del Reino" (21,43). El problema radica en ver quien, en la presente situación histórica, es el verdadero heredero de las promesas hechas a Israel. El Israel sociológico confió en sus títulos raciales (3,9) y se cerró a la conversión; por su orgullo, dogmatismo, puritanismo y legalismo no produjo los frutos del Reino y rechazó a Jesús, dejando así de ser Israel (8,5-13; 11,20-24; 12,38-45; 23,1-8.13-39; 27,25). La herencia ha pasado a los pobres, un pueblo compuesto de judíos y paganos, que se hallaban lejos de la salvación (21,28-32; 22,1-10). Pero en esta presentación Mt no es antijudío sino antifariseo y antirrabínico, es decir, condena, como lo hizo Jesús, el comportamiento concreto de unos grupos judíos. El autor de este Evangelio, un escriba judeocristiano, es también judío y no reniega de su raza.

La conciencia de ser el verdadero Israel, si por una parte ha de ayudar a la comunidad cristiana para aclarar su identidad, por otra ha de hacerle ver que no puede dormirse en títulos ni en ilusorias promesas de subsistencia en el futuro; la Iglesia ciertamente persistirá, pero de ella formarán realmente parte los que hagan la voluntad de Dios.

Finalmente la Iglesia es una *fraternidad santa y pecadora*. El discípulo de Jesús es un *hermano* (5,22-24; 7,4; 18,15.21.33) de los condiscípulos y de Jesús, el Maestro, pues forma parte de su familia, en cuanto que hace la voluntad del Padre (12,46-50). La ley fundamental de esta fraternidad es el amor concreto, que se traduce en obras, incluso con los enemigos (5,28-48; 7,12; 22,34-40; 25,31-46). Así manifiestan que son hijos del mismo Padre, que ama a todos sus hijos (5,45). Esta fraternidad es a la vez santa y pecadora: santa porque procede del amor del mismo Padre y de la acción de Jesús, que permanece en medio de su Iglesia (28,10); santa porque nace del Reino y está ordenada a su consumación. Pero es a la vez pecadora. Es interesante constatar cómo usa Mt la palabra hermano: siempre aparece en contexto de ofensa o perdón. Hermano es el que ofende, al que hay que perdonar, corregir. . . De nuevo encontramos aquí la tendencia de Mt a presentar ideas en tensión. El cristiano ha de asumir ambos polos. Ha de vivir

con conciencia de santidad para evitar el pesimismo, al verse rodeado de pecado; ha de vivir con conciencia de pecado, para evitar el puritanismo, que se dará si sólo mira lo positivo. Por esto Mt ofrece una serie de parábolas en que se habla de situaciones de mezcla: la Iglesia es un campo donde hay trigo y cizaña, una red donde hay peces buenos y malos, vírgenes que esperan, unas sabias y otras necias, invitados al banquete, unos con vestido de bodas y otros sin él (13,36-43.47-49; 22,11-14; 25,1-13). Ante esta situación el hermano no debe considerar a su hermano como un definitivamente perdido (7,1-2), sino que ha de tener paciencia, pues el juicio es competencia exclusiva de Jesús, que lo ejercerá el día de su parusía (13,36-43.47-49); mientras tanto la tarea será la de buscar la oveja perdida, ayudarlo, corregirlo y perdonarlo (18,12-14.15-18.24-35) con ánimo de ganarlo y reintegrarlo a la fraternidad. Para esta tarea es necesario que el discípulo constantemente mire a su propia viga (7,3-5) para que tome conciencia de su propia debilidad y sea comprensivo y, por otra parte, ha de convertirse constantemente, haciéndose niño, siendo consciente de sus limitaciones y de la necesidad que tiene de los demás hermanos (18,1-3). Entre un grupo de autosuficientes no puede haber fraternidad cristiana.

Pertenecer a la comunidad de Jesús ha de ser motivo de inmensa alegría para el discípulo; las exigencias son grandes, pero Jesús siempre estará presente y ayudará, a pesar de que parezca dormido en la barca, cuando arrecia la tempestad (8,23-27; cf. 14,22-33). Para ello el discípulo ha de reavivar su fe en la presencia del Señor y no ser "hombre de poca fe" (8,26; 14,31).

ACTUALIDAD DE LA CATEQUESIS DE SAN MATEO

El autor de esta obra, al reelaborar las tradiciones sobre Jesús y al presentarlas de forma catequética para ayudar a su comunidad, no sólo prestó un gran servicio a aquella comunidad, sino a los cristianos de todos los tiempos. El Espíritu Santo inspiró esta obra y la Iglesia la admitió en su lista o canon de libros inspirados, que contienen la palabra de Dios. Realmente la problemática que trata es siempre actual y, por ello, útil para los cristianos de todas las generaciones. Históricamente Mt ha sido, junto con Jn, el Evangelio más leído en Occidente y el que más ha configurado su vida religiosa y está llamado a prestar un gran servicio en esta época, en que es tan urgente la tarea de reevangelización en las viejas iglesias de Europa. En ellas, como en la Iglesia de Mt, hay mucho legalismo, formalismo religioso, prácticas religiosas realizadas con mentalidad mágica; en ellas hay muchas gentes que viven su práctica religiosa como una carga insoportable; en ellas hay divisiones y críticas negativas; en su horizonte hay demasiada

oscuridad y pesimismo. Por ello para ellas es muy válido el diagnóstico de Mt: es necesario volver a descubrir los grandes valores y, con la alegría que despierta su descubrimiento, renovar toda la praxis cristiana. Necesitamos redescubrir que Dios es Padre, que Jesucristo es el Señor, que el Reino ya está aquí y lo podemos participar de forma especial en la Iglesia. Este es nuestro tesoro, cuya vivencia convertirá el yugo y la carga de vida cristiana en ligera y suave, porque se lleva con amor y gozo (11,25-30). De aquí la utilidad de leer, reflexionar y orar con este Evangelio durante este ciclo litúrgico A. Para ayudar al lector, ofrecemos una selección bibliográfica y algunas pistas para estudiar el texto.

Bibliografía

Aunque no se han traducido al español algunas obras importantes, disponemos de bibliografía suficiente para una iniciación seria en este Evangelio.

Entre las *introducciones* u obras que tratan la problemática sobre autor, destinatarios, problemas de la comunidad, teología etc (un contenido semejante al tratado brevemente en este artículo), tenemos:

- B. RIGAUX, *Para una historia de Jesús. II. El testimonio de Mateo*, Bilbao, Desclée, 1969. Es una obra bastante completa y asequible al lector de nivel medio iniciado en la Biblia.

- A. RODRIGUEZ CARMONA, *Predicación del Evangelio de San Mateo*, Madrid, Edice, 1986. La obra ha sido escrita pensando especialmente en la formación permanente del clero, pero es válida para todo lector de nivel medio iniciado en la Biblia.

- P. LE POITTEVIN / E. CHARPENTIER, *Evangelio según san Mateo* (Cuadernos Bíblicos 2), Estella, Verbo Divino, 1976. Como todos los cuadernos de esta colección, ofrece una información interesante y asequible al público en general.

- Finalmente es muy importante el estudio sobre la teología de Mt de W. TRILLING, *El Verdadero Israel. La teología de Mateo*, Madrid 1974 (distribuido por Herder). Su destinatario es el lector preparado.

Entre los *comentarios* u obras que, además de las cuestiones introductorias, comentan todo el texto, señalamos:

- J. SCHMID, *El Evangelio según san Mateo*, Barcelona, Herder, 1968. La obra está dirigida al lector medio; aunque un poco anticuada (el original alemán es de 1956), sigue todavía siendo útil.

- I. GOMA CIVIT, *El Evangelio según san Mateo*, 2 vols, Madrid 1966 y 1976 (lo distribuye la librería de la Facultad de Teología de Barcelona). Posiblemente es el mejor comentario que tenemos en español,

abundando en los aspectos científicos y pastorales de Mt, por lo que es bastante amplio. Para el lector medio, ya iniciado en la Biblia.

– W. TRILLING, *El Evangelio según san Mateo*, Barcelona, Herder, 1970. Es un comentario para la lectura espiritual, serio y profundo, pero pensado para la sensibilidad religiosa germana, no la latina. Para todos los públicos.

– B. MAGGIONI, *El relato de Mateo*, Madrid, Paulinas, 1982. Es también un comentario para la lectura espiritual, pero esta vez pensado para la sensibilidad latina. También es asequible para todos los públicos.

Leer el texto

Se ha dicho que el mejor comentario a un libro bíblico es el mismo libro bíblico, leído y releído. De nada sirve la lectura de introducciones y comentario, si no nos lleva a leer y comprender el texto inspirado, que es lo importante. La liturgia nos ofrece los textos más importantes a lo largo de los domingos del ciclo A y la mayor parte del texto en la lectura continua ferial. Puede seguirse con provecho este ritmo para ir leyendo el texto o, naturalmente, puede hacerse en el tiempo que se desee. Para ayudarse, puede seguirse la estructura expuesta más arriba o la presentada en mi obra citada arriba (*Predicación del Evangelio de Mateo*), una de cuyas preocupaciones es precisamente ayudar al lector a adentrarse y orientarse en el bosque rico y variado que es la obra de Mt.

Profundizar en el texto, estudiando su teología

Como ya indicábamos en un artículo similar a éste, dedicado a Lc-Hch¹, se trata de seleccionar una palabra importante, ver todas las veces que aparece en la obra, determinar el sentido concreto en cada texto a la luz del contexto y hacer una síntesis de todos los datos. Palabras importantes para estudiar a Mt son *Padre* (referido a Dios), *Señor* (referido a Dios Padre), *Reino de los Cielos*, *Jesús*, *Señor* (referido a Jesús), *Maestro*, *Mesías*, *discípulo*, *hermano*, *justicia*, *fe*, *oración* ... Se trata de elaborar personalmente una síntesis teológica, como la expuesta más arriba.

Un ejemplo puede ser el uso que hace Mt de Padre, referido a Dios. Emplea la palabra 43 veces con este sentido. Una síntesis de todos los usos nos da el siguiente resultado: las 43 veces Padre está en labios de Jesús, que habla de Dios como su Padre y nuestro Padre, distinguiendo claramente entre la paternidad de Dios con relación a él y con relación a nosotros.

¹Leer a san Lucas en el ciclo litúrgico C: Proyección 36 (1989) 38

Nunca habla de “nuestro” Padre, colocándose en el mismo grupo que los discípulos.

Con relación a su Padre (“mi” Padre), Jesús se siente el Hijo, a quien el Padre se ha entregado de una forma única, entregándose todo y constituyéndolo su único revelador (11,27); Jesús le alaba y reconoce su señorío y libertad en su plan de salvación (11,25s); se identifica con su voluntad, deseando que se haga por encima de la propia, aunque ésta sea dolorosa (26,39.42). Ora filial y confiadamente, aceptando su voluntad (26,39.42.53). Subraya que su Padre es el protagonista del Reino (13,43). Como acciones propias de este protagonismo, con relación a él, Jesús afirma que es el Padre el que revela su identidad de Mesías e Hijo (16,17), el que le constituye testigo escatológico de los hombres en el juicio final (10,32.33), el que le hace participar de su gloria en la parusía (16,27) y compartir el Reino (26,29), el que determina y conoce el día y la hora de la consumación final (24,36). Por eso Jesús no se predica a sí mismo sino que proclama la voluntad de su Padre y forma su familia de entre los que la cumplen (12,50). Respecto a los hombres, Jesús afirma que el protagonismo del Padre implica el plantar en su plantío (15,13), el ofrecer de forma privilegiada el Reino a los pequeños y niños, cuyos ángeles ven su rostro (18,10), el determinar el camino para entrar, exigiendo a los hombres que hagan su voluntad (7,21), y en concreto el perdón a todos los que ofenden, como condición para la permanencia del perdón que él concede (18,35). Los que se reúnan en el nombre de Jesús para orar, serán oídos por el Padre (18,19). Finalmente es el Padre el que consumará el Reino, dispone los lugares (20,23) y dará la bendición escatológica en el Reino preparado antes de la creación del mundo a los que acojan a Cristo presente en los pobres (25,34) y la maldición en el fuego eterno a los que le rechacen (13,43; 25,44). Como se puede ver, Jesús tiene conciencia de ser Hijo y vive íntimamente unido a su Padre y a su voluntad, que es el Reino, a cuyo servicio se ha entregado totalmente bajo su protagonismo absoluto. En su predicación del Reino subraya algunas facetas como propias del protagonismo libre y gracioso de su Padre, como la exigencia de hacer su voluntad y en concreto el perdón y el acoger a los pequeños.

Con relación a los discípulos (“vuestro” Padre) Jesús nos enseña que Dios es nuestro Padre y las implicaciones que tiene el ser hijos suyos: vivir filial y fraternalmente. La vida filial se ha de manifestar en obrar buscando solo la gloria y alabanza del Padre, el que ve en lo secreto y dará la paga (5,16; 6,1.4.6.18); en tenerlo como único Padre (23,9), en fiarse de él, porque conoce nuestras necesidades (6,8.32) y en confiar en su providencia, espe-

cialmente en la hora de la persecución (10,20.29) y en el uso fraternal de los bienes, por lo que no tiene sentido ser un "hombre de poca fe", que anda inquieto por ellos (6,26.32); en orar de forma filial, desinteresada, centrada en el Reino, poniendo en sus manos nuestras necesidades existenciales, con perseverancia (6,5-13; 7,11). Por su parte la vida fraternal implica amar a todos, incluso a los enemigos (5,45): este amor revela de forma especial la filiación y que somos perfectos como el Padre (5,48); exige además perdonar constantemente a los que nos ofenden, al igual que el Padre nos perdona a nosotros (6,14.15); compartir los bienes con entrañas de misericordia (6,4); buscar a la oveja perdida, porque nuestro Padre no quiere que perezca ninguno de nuestros hermanos (18,14).

Antonio Rodríguez Carmona